

Análogo al silencio

editorial graviola



Derechos de autor: Daniel Franco Sánchez
Portada e ilustraciones: Mariana Loewy

Primera edición: febrero 2020, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com
editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-09-20081-8

Daniel Franco Sánchez

Análogo al silencio

editorial graviola

Para Alejandro

10 de octubre, 2016:

I

Se fijó en la hora.

11.05 am

—Maldita sea —dijo, poniéndose de nuevo el celular en la cara.

—¡Agustín! —escuchó al otro lado de la línea.

—¿Qué?

—Estuve hablando con tu tía Isabel, y me dijo que no has ido a ver a tu abuelo...

Con una mano sostenía el teléfono y con la otra sujetaba una de las barandillas del techo, zarandeándose en cada curva, haciendo un esfuerzo para no tropezar con los otros pasajeros.

—Mamá, ya te dije que he estado ocupadísimo. Apenas y consigo llegar a tiempo al trabajo.

El autobús se abría espacio entre las calles atoradas de Bogotá.

—No seas indolente, niño. Hace años que no lo ves, quién quita que esta sea tu última oportunidad de hacerlo.

Su parada era la próxima.

—¿Agustín, me estás escuchando?

—Sí, mamá. Pero ahora voy llegando al estudio y...

Se apretujó entre el bulto de cuerpos y encontró el botón rojo. Las llantas chirriaron y la máquina se detuvo. Agustín salió de primero por la puerta de atrás.

—Ahora sí escucho mejor, ¿qué te decía?

Se cerró el abrigo y comenzó a caminar en dirección a un edificio alto, de piedra gris, que quedaba a dos cuadras más adelante de la parada.

—Que ibas llegando al estudio...

—¡Ah! Y que no sé a qué hora vaya a salir hoy.

—Bueno, mi amor, tan pronto encuentres tiempo te pido que por favor vayas y visites a tu abuelo.

Agustín sintió el teléfono vibrarle en el rostro. Se lo despegó y vio en la pantalla:

Sara: tenemos q hablar.

—Mierda —pensó en voz alta.

Dio unos pasos más, refunfuñando, hasta detenerse en el cruce de cebra. Su mamá seguía en la otra línea.

—¡Pero qué te pasa! —gritaba—. Es tu abuelo, ¿cómo que “mierda”?

—Mamá...

—Después de todo lo que uno hace por ustedes.

—Mamá...

—¿Vas a decir mierda también cuando te toque cuidarme a mí? ¿Cómo te sentirías si a tus nietos les diera pereza ir a visitarte cuando estés viejo?

—¡Mamá, no era contigo, lo dije por un mensaje que me acaba de llegar!

La sintió respirar hondo desde el otro extremo.

Análogo al silencio



—Ah bueno, hijo —cambió el tono—. Por favor, él está muy viejo. Hace tiempo que no sabe de ustedes. Incluso después de sus achaques de corazón. Déjame decirte, de puro milagro y sigue vivo. Y ni tú ni tu hermano se han dignado a llamarlo, ¿no te da vergüenza? Siempre que hablamos por su cumpleaños me pregunta cómo están... Dice que ha escuchado tu programa y todo.

Agustín alcanzó la puerta de entrada.

—Está bien. Si hoy salgo temprano del trabajo voy y lo visito enseguida. Si no, pues igual me encargo de que no pase de esta semana.

Pasó su tarjeta por el lector y cruzó. Clavó la vista en los números mientras esperaba el ascensor.

“8”, “7”...

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

“6”, “5”...

—Bueno, Agus, te dejo.

—Dale, ma. Cuídate.

“4”...

—Cuídate tú más bien, que la gente sigue alterada en las calles de allá.

—Sí, mamá...

“3”, “2”...

—Te quiero, Gus

—Yo también, ma.

“1”

—¡Hijo!

¡Ping!

—¡Qué!

—Ya verás que todo saldrá de maravilla.

Agustín inhaló y cerró los ojos.

—Tú sigue haciendo las cosas así de bien como las has venido haciendo y te aseguro que conservarás el puesto.

El ascensor estaba casi lleno. Agustín se incorporó entre el tumulto de gente y colgó la llamada.

—Siete, por favor —le pidió con desgana al que estaba más próximo a los botones.

11.26 am

Agustín continuó de prisa por el pasillo hasta encontrar el estudio. Abrió la puerta. Había dos hombres dentro.

—¿Cómo vamos? —dijo Agustín, desabrochando su abrigo.

Se quitó la mochila de encima y tomó puesto al lado de Guillermo, el productor del programa.

—Disculpen la demora, el tráfico estaba imposible.

—No se preocupe —contestó Roberto sin despegar el rostro del computador—. Justo estamos revisando la pauta de hoy.

—Excelente, ¿qué tenemos?

—El tema es el tiempo de cambio, la revolución —comenzó Guillermo—. Usted sabe, aprovechando que la gente sigue alborotada con los resultados de la semana pasada. Parece que hoy van a hacer una concentración pacífica en la Plaza de Bolívar, y, para eso, vamos a poner a sonar a John Lennon, que ayer fue su cumpleaños. Es oportuno seguir con el tema de la paz, el amor, el cambio, etc.

—Okey, perfecto... —contestó Agustín, sacando una agenda para anotar—. ¿Qué tal un Bob Dylan también?

—Eugenio está a cargo de la música —dijo Roberto—. Ya debe venir con la lista de reproducción.

—Por cierto —interrumpió el productor, revisando un calendario—. Quiero que vayan ustedes dos el viernes con la van de la emisora al Parque de los periodistas para vender y rifar boletas del concierto de Slipknot. Es en dos semanas y la emisora lo está patrocinando.

—Vale... —contestaron los dos.

Agustín lo anotó y pasó a revisar el guión del día.

—Oye —dijo después de un rato—, ¿no vamos a hacer la sección que propuse? Para que los oyentes llamen y hagan propuestas para un posible “nuevo acuerdo”.

Vio a ambos mover la cabeza en negación.

—En cambio, vamos a utilizar la entrevista que se le hizo al cantante de Doctor Krápula el martes pasado —afirmó Guillermo.

Agustín asintió despacio. Tomó aire y restregó las palmas de las manos sobre sus muslos. Abrió su computador e hizo como si buscara algo. Realmente abrió el navegador para leer las noticias en la red: “Incertidumbre en el país después del ‘NO’ a los acuerdos”, decían los encabezados locales; “Una semana después de que Colombia le dijera que NO a la paz”, los internacionales.

Eugenio entró al estudio de repente. Se acercó a donde estaban todos reunidos y dejó caer sus pertenencias en una silla.

—Señores —dijo con aire solemne.

—Caballero —contestó Agustín con una sonrisa y le tendió la mano.

—¿Estamos listos para grabar?

—Sí, pero quiero que antes hablemos un minuto —le indicó

Guillermo, poniéndose de pie—. Ustedes vayan grabando la entrada —dijo a los otros dos.

—Perfecto —contestó Eugenio levantándose del puesto. Le entregó una memoria USB a Roberto y salió del estudio junto al productor.

Agustín entró a la cabina, tratando de no pensar en lo que podrían estar discutiendo allá afuera. Tomó asiento. Se colocó los auriculares, sostuvo el guión en frente de él y miró al ingeniero a través del vidrio, quien comenzó la cuenta regresiva con los dedos: 4, 3, 2, 1...

—¡Biiiiivenidos a *Backstage!* Dos horas del mejor rock de la historia. Solo... en 97.3 Rock.fm. Los saluda de este lado del micrófono Agustín del Río... —dijo enérgicamente y miró a través del vidrio, esperando una indicación. Roberto le hizo un gesto para que continuara

—Para empezar la sesión de hoy, conmemoramos la emblemática figura musical, John Lennon, quien ayer habría celebrado su cumpleaños número 76. Con estos aires revolucionarios y de cambio que acontecen en el país, ¿quién mejor que él para comenzar la semana?

Sonó *Revolution* de los Beatles.

La luz roja del letrero se apagó y Agustín se quitó los audífonos. “¿Qué pasa?” le dijo entre señas a Roberto. Él le respondió alzando los hombros con cara de confundido.

El celular le vibró en la pierna.

Sara: cuando te puedo ver???

Él apretó los labios y apagó el aparato.

Eugenio entró a la cabina. Se sentó a su lado, le regaló una sonrisa y esperó a que acabara la canción para seguir grabando.

2 pm

—¡Excelente! —afirmó Eugenio una vez terminaron de grabar.

Ambos asintieron complacidos y se quitaron los auriculares.

Pasaron enseguida con Roberto a escuchar y comentar el programa; editaron, añadieron comerciales y la lista de reproducción. Guillermo aprobaba o desaprobaba.

4.45 pm

Poniendo los auriculares sobre la consola, Guillermo soltó un “está listo”. Antes de partir discutieron sobre los planes de la semana y asignaron tareas a cada uno. Sobre la renovación del contrato de Agustín no se dijo nada. Él, ansioso, agarró sus cosas y salió sin despedirse.

—¡Ey! —llamó Eugenio.

Él redujo la velocidad, dejando que su compañero lo alcanzara y caminaron juntos hasta el ascensor.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Eugenio.

—No tengo nada planeado... —Agustín pensó un segundo—. Le había prometido a mi vieja pasarme a visitar al abuelo, que justo hablando hoy por la mañana con ella me dijo que estaba grave.

—Lo siento, espero que se mejore.

—Bueno... es un hombre entrado en años, no sé qué tanto tenga para mejorarse.

Diciendo esto, Agustín dejó escapar una sonrisa de la que se arrepintió al instante.

—Digo, por lo poco que sé, ha vivido bastante —intentó explicar—. Como que no fue el más santo de todos, ¿sabes?

Eugenio lo miró confundido, esperando a que expandiera la

idea. Agustín se preguntó si siquiera él mismo sabía a lo que se refería. Llegaron al recibidor y siguieron andando.

—El punto es que nunca ha sido tan unido a nosotros. De lo que me acuerdo, no lo habré visto más de nueve veces en mi vida —añadió.

—¿Paterno o materno?

—Paterno.

Salieron a la calle. Ambos sintieron la brisa y notaron quietud en la vía.

—¿Vino en carro? —preguntó Eugenio, dándole vueltas a las llaves en el dedo.

—No, no tengo —dijo el joven—. Y si tuviera creo que jamás lo usaría...

—Si tiene tiempo, camine y nos tomamos una cerveza; después lo dejo cerca de donde su abuelo.

Agustín no estuvo seguro de si era eso lo que quería. Deseaba acostarse en su cama y cerrar los ojos, no tener que pensar en su puesto o en qué le habría pasado a Sara. Pero una cerveza no sonaba mal. Encendió el celular para ver la hora:

5.15pm

Vibró enseguida y apareció en la pantalla:

Llamada perdida: Sara.

—Dale, creo que podría tomarme una o dos...

Caminaron hasta un parqueadero privado que quedaba a una cuadra del estudio.

—Espéreme aquí —dijo Eugenio en la entrada—. Ya vengo con el carro.

Agustín tomó su teléfono. Se fijó en el fondo de pantalla y sintió un peso en los hombros. Puso su mano en la frente. Con

el anular y el pulgar se presionó las sienes, como intentado detener el hilo de recuerdos de los últimos días que había tenido con ella.

Entró una llamada: era su tía. Dejó que sonara un rato.

—¿Aló?

—¡Gus! ¿Cómo estás?

Vio salir una camioneta que frenó en la acera de enfrente y pitó dos veces. Él abrió la puerta y se incorporó.

—¿Aló, Gus?

—Sí, sí, te escucho, tía. ¿Cómo vas?

—Bien, mi amor, haciendo vueltas de trabajo, trayendo y llevando a los niños del colegio a la casa, fútbol, terapias... tú sabes.

—Ah bueno... bien.

—Sí... Oye, te llamo porque me llamó tu mamá y me dijo que ibas a visitar al abuelito más tarde.

Agustín notó que sonaba el programa de ellos en la radio.

—¿Gus?

—¡Tía, sí! —respondió—. Sí, justo ahora voy a tomarme algo por ahí y después creo que me paso por su casa un rato.

Eugenio arrancó.

—Perfecto. Es que te iba a pedir que pases primero por mi casa un momento, para que porfa le lleves unas medicinas, ¿puedes?

—Sí... claro que puedo. Apenas vaya para allá te aviso —dijo, sorprendiéndose a sí mismo con la naturalidad de la respuesta. No hay vuelta atrás, pensó.

—Dale, mi amor. Te las voy a dejar en portería igualmente, que me voy a encontrar con unas amigas más tardecito, como a las seis y media. ¿Te acuerdas dónde es? Literalmente a dos

cuadras de dónde el abuelo.

—Dale, sí. No se me olvida.

—De verdad, Gus, que no se te olviden. Anda delicado tu abuelo y es importante que se las tome. Además, seguro que se va a poner muy feliz cuando te vea. Trata de llegar antes de las siete que es a la hora que se va la enfermera. Yo igual apenas termine con mis amigas me paso a verlo.

Agustín colgó. Miró a Eugenio, quien estaba concentrado en el camino. Iban por la Avenida 50, saliendo de Teusaquillo.

—Era mi tía —dijo el joven.

—¿Y? ¿Todo bien con el viejo?

—Sí, sí, sólo quiere que pase a recoger unas cosas para mi abuelo cuando lo vaya a ver.

—Perfecto.

Se mantuvieron en silencio hasta que John Lennon comenzó a cantar *Nobody Told Me*.

—Te quedó muy bien el playlist —reconoció Agustín.

—¡Gracias! Es una lista que traía bajo la manga desde hace meses.

—Nada mal...

—Tampoco es la gran cosa, muchas de las canciones las reutilicé de una lista que hice para los treinta años de la muerte de Lennon.

—Ya veo...

—Bueno, y es que todo lo que tenga que ver con este personaje encaja perfecto con casi cualquier situación relacionada con “la paz”, “el cambio”, “la revolución” —despegó las manos del volante para enfatizar en las comillas imaginarias de las palabras.

Agustín contempló la idea y asintió sin comentar.

—¿Le gusta? —inquirió Eugenio.

—¿Qué cosa?

—Pues Lennon.

—Sí, sí me gusta, pero tampoco me parece la gran cosa.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé... siento que toda esa imagen de revolucionario es un poco ilusoria...

Eugenio alzó las cejas, extrañado, y trató de mirar a Agustín por el rabillo del ojo sin apartar la vista de la calle.

—Cuando lo veo o lo escucho me da la sensación de que es todo falso —retomó Agustín—. A veces pienso que Yoko Ono era quien estaba detrás de eso, que a lo mejor y ella sí era un poco así, y que él quería imitarla.

Eugenio frunció el ceño y apretó los labios.

—Por el contrario, *ella* era la que parecía estar fingiendo, ¿no le parece? Después de que mataran a Lennon ella demostró ser otra persona.

—¡Ahí está el tema! —brincó Agustín—. A lo mejor y eso es lo que nos hizo creer. Pero, si lo piensas, fue con ella que Lennon se convirtió en el personaje de contracultura de los setenta. ¿Qué hubiese pasado si nunca se hubieran conocido?

—No lo sé, ¿usted qué cree?

—Pues... no estoy del todo seguro, pero fijo que no lo hubieran matado.

Eugenio rió incrédulo.

—Eso ya son suposiciones exageradas.

Agustín arrugó la cara y pensó un segundo.

—Tampoco tanto... —dijo entre dientes.

—Pues a lo mejor y ahí tiene un tema para llevar al programa. Agustín volteó a verlo. Eugenio seguía con los ojos en la

calle pero atento a la conversación. Sonreía, como si guardara un secreto. Y Agustín sintió la sangre subirle hasta las mejillas.

—Pues sí —dijo Agustín entusiasmado—. Revisar el mito de Lennon como símbolo de revolución.

Eugenio movió la cabeza, como considerando la idea sin terminar de aprobarla. Pero Agustín sonrió complacido, más por la propuesta que por la idea en sí. Pero prefirió recordar que aún no tenía nada seguro. Miró a través de la ventana y adivinó la ruta que seguía Eugenio: se dirigían hacia la Avenida Caracas por la calle 63, entonces irían hacia el norte. No había mucho tráfico, y en los andenes caminan grupos de jóvenes que llevaban camisetas blancas y pancartas. Lennon, a través de la radio, seguía insistiendo en que nadie le había avisado que iban a haber días como estos.

5.30pm

“Tuvimos la oportunidad de hablar con Mario Muñoz, vocalista de la agrupación Doctor Krápula, y nos comentó un poco sobre los mensajes de reconciliación y de paz que llevan sus canciones”, dijo el Agustín de la radio. Se detuvieron en un semáforo y Eugenio volteó a mirar al Agustín que tenía al lado. Lo miró a los ojos.

—Aquí entre nos, eso de los acuerdos y el plebiscito no es más que una fachada para quedar bien por parte del gobierno, ¿sabe? Una cuestión protocolaria. Pero esa gente ya tiene todo organizado para hacer de este país su comedor beneficiario. Todo lo tienen planeado.

—Yo no estoy del todo convencido de eso —comentó Agustín con cautela—. Si me lo preguntas, soy de los que piensa que ese conflicto debe acabarse ya.

